

EL CUENTACUENTOS

CARMEN SERRANO

PAQUITA PÉREZ

Alumnas del Aula de Mayores de Motril

Escuchar hoy cómo el Lobo disfrazado engaña a Blancanieves y la Abuelita, sentir la dulzura de un beso salido de los mágicos labios del Príncipe y depositado sobre el rostro de la Belladurmiente, es algo que jamás se puede olvidar. Pero también resulta una experiencia imborrable el haber vivido, al estilo de Pinocho o los trovadores de la Edad Media, las aventuras del “cuantacuentos” recorriendo las escuelas de la Comarca del litoral granadino. El corazón se acelera y los sentimientos afloran al rostro porque ¿es alguien incapaz de saborear las aventuras de los cuentos populares o el techo de la casa de la “bruja” que transformó la vida del pobre pastor?

Hay quien pensará, con un sentido muy práctico, que todo esto son cuentos o en cualquier caso “historias de tiempos pasados”. Nada de eso, son las cuentacuentos de Motril: somos un grupo de alumnas del Aula Abierta para Mayores de la Universidad de Granada en el pueblo costero motrileño. Además de nuestras clases diarias, hemos decidido adquirir un compromiso con la educación de los niños en la escuela acudiendo a los centros de la comarca a contar cuentos: nuestro propósito es triple:

- entretener a los niños y relatarles las historias de nuestros antepasados para que no se descuelguen de la memoria histórica
- hacer vivir a los críos el fervor de los sentimientos y emociones que nosotras experimentamos antes de la adolescencia
- promover la lectura de cuentos, novelas y la literatura en general adaptada a la población infantil.

Sabemos que nuestro empeño es un sueño, pero gustamos de seguir soñando tal como lo expresaba con palabras mejor que las nuestras H. Collado, escritor en el que nos inspiramos: “el animador de lecturas es una suerte de loco aventurero que no le teme a las alturas por si se nos ocurre salir a volar; un poco de mago... y otro poco de payaso, que con todo y su lágrima sea un eterno enamorado de la risa... que no tenga miedo a comunicar emociones, porque al fin de cuentas de eso están hechas las lecturas de los libros”. Y para nosotras, no sólo los libros, también los cuentos populares están llenos de emoción y valores educativos.

Sencillas mujeres, con escasa formación porque las circunstancias económicas de nuestro tiempo nos lo impidieron, por supuesto, imposibilitadas a entrar en la Universidad por más que lo soñáramos, creemos que nuestra tarea de cuentacuentos nos enseña a todos a querer y querernos: cada historia nos acerca unos a otros como seres humanos.

Pero hay algo más: nosotras mismas, en cuanto personas, hemos descubierto una manera de sentirnos realizadas; hemos descubierto esa magia que decíamos antes y, sobre todo, la posibilidad de acercarnos a los niños y los jóvenes de hoy. Una experiencia intergeneracional que tenemos en casa con nuestros hijos y nietos, pero que adquiere un significado nuevo cuando entramos en la escuela y nos ponemos delante de los 20 ó 30 niños, bien diferentes a los nuestros, al menos en apariencia.

“Desde que comencé mi labor de cuentacuentos hace aproximadamente tres años, me he sentido muy realizada por tener tan cerca las expresiones de inocencia y de ilusión que manifiestan los niños, cuando yo les narro el cuento.

Al mismo tiempo esta experiencia me hace recordar mi infancia sintiéndome de nuevo una niña en el colegio.

He observado el cariño que muestran los niños en la escuela e incluso fuera de ella. También detecto actitudes de curiosidad (hacen muchas preguntas a la “nueva maestra”), de atención (guardan un silencio absoluto, abren los ojos sin pestañear), de satisfacción (a la hora del cuentacuentos se muestran muy alegres y manifiestan una espontaneidad que para nosotros lo mayores quisiéramos)”.

En otro orden de cosas nos ha sorprendido la relación de afecto, de confianza y la temperatura cálida que existe ahora entre el maestro y el alumno. No es igual esta escuela que la nuestra: hoy en la escuela hay más diálogo y más sensibilidad hacia los problemas del entorno; vemos una formación más completa que potencia la imaginación, la creatividad y el saber.

Dada nuestra experiencia pensamos que la labor del maestro puede ser muy gratificante, cuando muestre un gran interés y cooperación en estas tareas. Parece que se implica bastante en ellas, ayuda a mantener el orden y los prepara previamente para nuestra actividad, lo cual es muy de agradecer.

Aunque directamente no hemos podido apreciar reacciones de falta de educación, de respeto o de malas maneras, nos consta que cada vez son más numerosas estas manifestaciones. ¡Una pena porque se estropea un trabajo muy bonito!. ¿Dónde está la causa del desinterés educativo y las malas conductas?

Tal vez el motivo sea una falta de atención por parte de los padres principalmente; ellos son los responsables directos de la educación de sus hijos. El hecho de que los dos miembros de la pareja trabajen fuera de casa, hace que no se dedique el tiempo suficiente para atenderlos. Por ejemplo los cuentos y otras tareas semejantes, inculcan los valores tan importantes y tan imprescindibles como: el respeto, la bondad, la generosidad, la amistad, y la sensibilidad hacia todo lo que le rodea (la familia, la naturaleza, el cole-

gio...), pero los padres no tienen tiempo para contar historias como antes cuando no había televisión

Cierto que las oportunidades de formación que se ofrecen a la juventud no son las que nosotras tuvimos. Pero de aquella llama que fue apagada quedó un pequeño rescoldo que hoy se reaviva aunque algo más débil que antes. ¡Sin embargo qué ilusión!

“Me siento un poco niña, otra vez, al asistir a la Universidad del Aula Permanente de Formación Abierta. Aunque a mi pesar ya soy mayor y bastante experimentada, porque tengo hijos y nietos, asisto todos los días con el mayor interés que puedo. Por ello estoy muy contenta.”

Gracias al progreso, hoy en día hay más oportunidades de cultura para nosotras, mujeres adultas, que además de adquirir nuevos conocimientos, hemos encontrado una vía de escape a la rutina diaria; también tenemos la ocasión de realizarnos como personas porque nunca es tarde para aprender. Igualmente podemos viajar, ver monumentos y maravillas de las que ignorábamos su existencia. Sin duda lo pasamos bien, pero lo que más nos gusta es que profesores y alumnas nos desenvolvemos en un ambiente de fraternidad y amor.

Y después de las clases el compromiso con los otros: somos capaces de llevar un poco de ilusión y ensueño a los niños en la escuela. Felices ellos y felices las cuentacuentos. ¡Ojalá estos jóvenes se animen a leer más y escribir otras historias mejores que las que nosotras contamos!